

15 de enero de 2023 - 2º domingo ordinario "A"

[Is 49,3.5-6; 1 Cor 1,1-3. Jn 1,29-34](#)

Homilía

Los Evangelios para los domingos ordinarios del año litúrgico se toman cada año de un evangelista diferente: Mateo para el año "A", Marcos para el año "B" y Lucas para el año "C". Sin embargo, en este segundo domingo, el que sigue a la fiesta del Bautismo del Señor, leemos cada año una parte del testimonio de Juan el Bautista sobre Jesús según el Evangelio de Juan. Juan, de hecho, no relata el bautismo de Jesús por Juan el Bautista, que señala el comienzo del ministerio público de Jesús en los otros Evangelios, sino que se centra en el testimonio de Juan.

Es un testimonio que no se dirige a nadie en particular y que, por tanto, es válido para todos los hombres y mujeres de todos los tiempos: "Juan dio este testimonio...". Juan ya había dicho a los que le interrogaban sobre el significado de su bautismo: "Hay uno entre los que me siguen (es decir, entre mis discípulos) que es más grande que yo...". Así que el día que llega, lo reconoce y dice: "Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". El título Cordero de Dios se refiere obviamente al cordero que se come cada año en la celebración de la Pascua, y más allá de ese memorial al cordero cuya sangre marcó el dintel de las puertas de los Judíos en Egipto la noche de la Huida y salvó a sus primogénitos. La expresión se refería también al cordero que cada año era conducido al desierto, cargado simbólicamente por el sacerdote con todos los pecados del pueblo.

Pero, ¿qué quiere decir Juan el Bautista con la expresión "el pecado del mundo"? No dice "los pecados del mundo", sino "el pecado del mundo". ¿Qué pecado es? Traducir invirtiendo las palabras, por ejemplo diciendo: "que quita del mundo el pecado" sería un malentendido. "Tèn hamartían tou kósmou" significa realmente "el pecado del mundo" y, en cierto modo, "el pecado del mundo por excelencia". Y en primer lugar, ¿de qué mundo se trata? Evidentemente, el mundo que acaba de mencionar el Prólogo del Evangelio de Juan: "Él estaba en el mundo y el mundo fue hecho por medio de él, y el mundo no le reconoció".

El "pecado del mundo" no es tal o cual transgresión, ni siquiera todas las transgresiones. Más bien, es el mundo de los hombres en su conjunto en la medida en que no recibe el mensaje de Cristo y no se deja transformar por él. El "pecado del mundo" es el hecho de que nuestro mundo, en el que vivimos, no está estructurado

según el Evangelio. El pecado del mundo es que los pobres y los pequeños sean aplastados, que tantos hombres y mujeres sufran hambre, que tantas personas sean expulsadas de sus hogares y países por la guerra, que los ricos se hagan más ricos y los pobres más pobres, que tantos enfermos mueran por falta de medicinas mientras se gastan sumas astronómicas de dinero en el desarrollo de máquinas de muerte. El pecado del mundo es la existencia de las guerras, el aborto y la pena de muerte. Es la violación de todos los derechos de las personas y los pueblos. El pecado del mundo es también el silencio culpable y la inacción ante todas estas injusticias y crímenes.

Es de este pecado que el Cordero de Dios, reconocido por Juan, vino a liberar al mundo. Y sin embargo, después de dos mil años, el mundo sigue en su pecado. Todos estamos en este mundo, pero es posible que cada uno de nosotros no sea de este mundo. ¿Cómo podemos hacerlo? Recibiendo al Hijo de Dios, aceptando su mensaje, dejándonos transformar por él: "A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios".

Juan el Bautista supo reconocer al que venía a liberar al mundo de su pecado porque su corazón era puro. Vio al Espíritu Santo descender sobre la cabeza de Jesús, y poco después le cortaron la suya. Pidamos a Dios tener la claridad para reconocer tanto el pecado del mundo (en nosotros y a nuestro alrededor) como para reconocer a Aquel que nos libera de él, incluso cuando esta claridad pueda ser peligrosa y estar cargada de consecuencias.

Armand Veilleux